

Fecha de recepción: enero de 2019 Fecha de aceptación: febrero de 2019

Link para este artículo: <https://dx.doi.org/10.14198/RHM2019.37.11>

Puede citar este artículo como:

GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, «Permanencias estructurales rurales versus mudanzas. Consumos, necesidades y apariencias en Valladolid a finales del Antiguo Régimen», *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, n.º 37 (2019), pp. 316-346, DOI: 10.14198/RHM2019.37.11.

PERMANENCIAS ESTRUCTURALES RURALES VERSUS MUDANZAS. CONSUMOS, NECESIDADES Y APARIENCIAS EN VALLADOLID A FINALES DEL ANTIGUO RÉGIMEN

MÁXIMO GARCÍA FERNÁNDEZ
Universidad de Valladolid
maximo.garcia@uva.es
<https://orcid.org/0000-0002-3270-3400>

Resumen

Ajuares dotales e inventarios de prendas atestiguan una lenta evolución de los vestuarios castellanos populares, en pugna estética civilizatoria diferenciadora. Aunque aquel proceso no fue nada estático, el triunfo de las costumbres modernas arrinconaba los usos tradicionales (mudanzas aparentes o necesidades; «monos» frente a rústicos) al imponerse en el enfrentamiento entre los ámbitos culturales urbanos y rurales.

Los cambios en las modas no eran exclusivos del mundo cortesano. No obstante, el concepto «vulgar» cada vez se asociaba menos al mantenimiento de lo imperecedero y más a lo arcaico tradicional y al freno a toda novedad, vestimentaria y mental.

Al indagar en el estilo de vida cotidiano campesino al final del Antiguo Régimen se incide en sus resistencias culturales, primando el peso inmutable comunitario (trajes regionales), un minoritario espíritu innovador rural (en clave de jerarquías y conflictos de apariencia) y en la dualidad externa de rusticidad–casticismo como modelos estéticos vinculados al atraso local en pugna con una modernización cosmopolita.

Palabras clave: Castilla interior, Antiguo Régimen, mundo rural, dotes, apariencias, mudanzas



Este obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento 4.0 Internacional.

Rural structural stays versus changes. Consumption, needs, and appearances in Valladolid at the end of the Ancient Regime

Abstract

Dowries trousseau and inventories of clothes prove a slow evolution of the popular Castile's clothes, in a differentiating aesthetic civilizational struggle. Although that process was not static, the victory of modern habits cornered traditional uses (apparent changes or needs, cute versus rustic) when they prevailed in the clash between urban and rural cultural areas.

Changes in fashions were not exclusive to the courtly world. However, the concept «*vulgar*» each time was less associated with the maintenance of the imperishable, and more with the traditional and archaic and with the brake of all new clothing and mentality.

When we investigate the rural daily lifestyle at the end of the Ancient Regime, we stress on its cultural resistances, giving priority to the immutable community weight (regional clothing), on a minority rural innovative spirit (from the perspective of hierarchies and conflicts of appearance) and on the external duality of rusticity– authenticity as aesthetic models linked to local backwardness at struggle with a cosmopolitan modernization.

Keywords: interior Castile, Ancient Regime, rural world, dowries, appearances, ideological changes

Los ajueres dotales y los inventarios de prendas (y documentos gráficos y todo tipo de escritos literarios elaborados a finales del Antiguo Régimen) permiten atestiguar una lenta evolución de los vestuarios castellanos populares; eso sí, variables en función de los distintos posicionamientos socio–civilizatorios entonces en pugna.

Mediado el siglo XVIII, mientras el padre Isla subrayaba que «aunque la mona se vista de seda, mona se queda» Rousseau clamaba ya por el retorno a la simplicidad de una estética rústica. En positivo y en negativo, se estaba fraguando el triunfo de la idea de cierta rusticidad externa diferenciadora: ¿ideológica y también de civilización? La transformación de las costumbres impuestas por la vida moderna volvían obsoletos los usos tradicionales. El mundo social se constituía en entramado de luchas desiguales: representaciones en constante construcción, instrumentalizando la reproducción de una serie de imágenes y valores victoriosos y que lograron imponerse en el

enfrentamiento entre los ámbitos culturales urbanos y rurales. El objetivo es revivir la génesis nada estática de aquel proceso, aprehendiendo sus aparentes necesidades y mudanzas.

Ambas citas corroboran que los cambios en las modas y la evolución de las apariencias no eran exclusivos del mundo cortesano. Sin embargo, para la opinión pública en formación de aquella época, los conceptos vulgar o rústico cada vez estaban menos asociados al mantenimiento atemporal de lo imperecedero (nada peyorativo) y más a lo arcaico tradicional y al freno a cualquier reforma novedosa (vestimentaria y hasta mental). ¿Lo viejo es bueno porque perdura o lo nuevo es mejor al acelerar todo tipo de modernizaciones?; ¿cuándo, cómo y por qué se fueron abriendo abismos culturales insalvables entre el arraigo de las almonedas de segunda mano y la necesidad de tiendas estables?; ¿lo rural es sinónimo de antiguo?; ¿la civilización es meramente urbana? Son cuestiones a las que deben responderse con el mayor fundamento posible.

Desde estas perspectivas seguimos indagando en la materialidad del consumo y el estilo de vida cotidiano campesino presente en la Castilla interior (haciendo hincapié en sus resistencias y resiliencias–adaptaciones culturales); y dentro de enfoques que priman el peso inmutable de la comunidad («desde tiempo inmemorial a esta parte»: argumento prototípico legitimador de los considerados trajes regionales tradicionales) y el minoritario individualismo innovador rural, en clave de jerarquías y conflictos de apariencia y en la dualidad de «rusticidad versus casticismo» (¿arquetipos civilizatorios ambos igual de negativos?) como modelos a imitar o comportamientos estéticos siempre entendidos como atraso local en cruenta pugna con la modernización extranjera urbana.

1. Los ajuares: resumen cuantitativo

Como muestran no pocos de los más recientes estudios sobre esta temática de los universos dotales en toda la Península Ibérica, la constante rural más extendida se resume (además de destacar la importancia de este capítulo de la transmisión hereditaria familiar por vía femenina como adelanto de las legítimas castellanas o ya como parte definitiva de los bienes catalanes legados

a sus mujeres durante toda la Edad Moderna)¹ en una progresiva pérdida de su valor documental a medida que el modelo burgués decimonónico fue desvirtuando el contenido de ese acta notarial, junto a un acrecentamiento del simbolismo material aparejado a la donación de una serie de bienes materiales estereotipados como regalos de boda y que, precisamente por su significado tópico, han sobrevivido hasta fechas muy recientes, máxime cuando el mundo de las carencias comunitarias primaba sobre cualquier lucimiento o ascenso individual y, por múltiples razones, las aspiraciones sociales no siempre se podían compensar mediante demostraciones de poder económico o cultural por encima de la media local.

Las dotes vallisoletanas del siglo XVIII testimonian los distintos pesos de las mudanzas y los tradicionalismos en la cultura material y la apariencia cotidianas. La ropa blanca concentraba buena parte de la simbología textil rural, muy pública entonces, acompañada, naturalmente, de sus imprescindibles ajuares indumentarios externos. La casa, las habitaciones, la cama, reunían el universo objetual de la familia campesina². Allí plasmaban sus poderes sociales. Cuantitativamente, en cambio, su atuendo apenas les diferenciaba, salvo cuando se engalanaban y enjoyaban para la fiesta patronal o si el rico del lugar hacía patente en la calle sus demostraciones.

En las localidades vallisoletanas de Olmedo, Portillo, Peñafiel y Nava del Rey la trascendencia del conjunto de los géneros textiles en las dotes aportadas por sus jóvenes casaderas era abrumadora, distribuyéndose entre ropa de cama y vestimenta los conceptos del ajuar más significativos (véanse las tablas n.º 1, 2 y 3)³.

Además, entre las claves dotales rurales destacan las siguientes. Todas portaban piezas textiles, cuyo valor nunca bajó del 72% (menor para muchas familias pudientes y en 1860), hasta sobrepasar el 85% en las tasaciones menos cuantiosas y hacia 1800. Aunque la tendencia porcentual en función

-
1. Dossier «Els capítols matrimonials en el món rural», *Estudis d'Història Agrària*, 22 (2009): 19-127. Véase: MORENO CLAVERÍAS, 17 (2004): 615-630.
 2. GARCÍA FERNÁNDEZ y DÁVILA CORONA, 14 (2005): 141-174. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, 8/32 (2016): 419-431. Véase: RAMOS PALENCIA, 1999: 107-131.
 3. Todas las referencias dotales aportadas se extraen de una amplia muestra de 250 dotes; Archivo Histórico Provincial de Valladolid (AHPVa), *Sección Protocolos Notariales*; diferentes legajos.

de los patrimonios era descendente, siempre se mantuvo sobresaliente la valoración indumentaria, y eso que a comienzos del siglo XVIII la ropa blanca de casa (en la que, con sus manteles, predominaba la sabanería y el resto del acondicionamiento de la cama) superaba al propio vestuario. En cambio, cronológicamente, todavía aumentaba el ajuar confeccionado a finales del Setecientos, para retroceder desde entonces a los guarismos de inicios del periodo analizado.

La media dotal no superaba los cuatro mil reales de vellón. Aunque las más cuantiosas cuadruplicasen esa cifra, apenas constituían el 8% de las familias rurales vallisoletanas; por el contrario, más de la tercera parte de aquel pobre campesinado no promediaba ni los mil quinientos, y precisamente era en sus ajuares donde destacaba el peso de los lienzos para la cama, con bastos jergones de paja, estrechos colchones de lana y escasas mantas, colchas y almohadas, fundamentalmente, y descendiendo no mucho después, a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XVIII.

Justo la mitad de sus dotes eran géneros textiles. El 60% ajuar de casa: unos consumos semiduraderos bastante estables en el tiempo y que solo el aumento de los patrimonios vinculados a dichos aportes matrimoniales conseguían reducir (desde un máximo 100%–82% a la mitad), a medida que los pocos elencos más cuantiosos incrementaban (hasta superar casi el 60%) las donaciones de algunas tierras de sembraduras, majuelos y edificaciones, dejando en unos bajos 16%–17% los valores de hilados y hechuras, aunque sus tasaciones supusiesen el doble o cinco veces más que lo intercambiado por el campesinado más pobre y para quienes los porcentajes del 40%–50% encubrían apariencias y guardarropas muchísimo más simples y limitados.

Las cifras de tasación de aquellos géneros son ciertamente reducidas. También su mobiliario y el menaje del hogar (en torno siempre a un 10%). Escasas prendas y de baja calidad. Pocas y viejas o muy usadas. Sin ninguna innovación reseñable. Heredadas y prácticamente sin algodones hasta 1830. Predominando los tejidos más bastos y los lienzos *de la tierra* (sempiternas, dieciochenos y estopas). Confeccionando las mismas hechuras seculares (guardapiés, manteos, jubones y mantos femeninos).

Sobre ese modelo, las diferencias comarcales eran muy notables. Así, por ejemplo, en la zona de Peñafiel (tabla n.º 3), más pobre entonces que la media analizada, el ajuar superaba la mitad de la dote debido al enorme peso de

los géneros textiles aportados al matrimonio (todavía un elevado 35% global en el grupo de las dotaciones más cuantiosas). Lo exiguo de tales capitales femeninos se hacía patente en sus carencias mobiliarias, así como también en las pocas prendas de casa incluidas en sus arcas, lo mismo que en su tejido de escasísima calidad (cerros, catorcenos, etcétera).

En comparación con Valladolid ciudad, aunque aquí las carencias populares también eran notables, se aprecia una significativa introducción mucho más rápida y extendida de los nuevos tejidos (muselinas o indianas), junto a hechuras modernas (mantillas, vestidos, etcétera), incrementándose los complementos y la ropa interior, la sombrerería y hasta la zapatería, cintas y alhajas, docenas de sábanas y servilletas... Eso sí, manteniendo todas no pocas varas de tela para su propia confección doméstica.

Otra cuestión es la de la novedad de aquellas prendas y ajuares. La expresión «se mandó hacer para la boda...»⁴ solo empezaría a ser práctica habitual entre una minoría privilegiada campesina, cuando la norma era la herencia y la transmisión de los enseres familiares de una generación a la siguiente. Por eso se reproducían tanto las hechuras y costaría mucho tiempo incorporar modelos indumentarios y hasta tejidos nuevos en los espacios rurales más desconectados de los circuitos comerciales donde primaba la introducción de las innovaciones. No obstante, durante siglos, el momento nupcial siguió siendo escenario de lucimiento de modas y/o de viejos hábitos de calidad.

En suma, los ajuares presentes en las dotes rurales aportaban enseres domésticos, primando la ropa blanca de cama y el vestuario personal femenino, ilustrando las claves de la indumentaria popular en su evolución histórica, que seguimos analizando y tratando de comprender desde su simbolismo cultural y civilizatorio.

Y entre los datos fundamentales para una necesaria comparación nacional⁵ cabe destacar también el mantenimiento básico, y con pocas posibilidades de recambio, de una serie de piezas imprescindibles para vestir puertas adentro y hacia afuera a la novia. Escasas, pobres, no siempre en buen estado de

4. SOBALER SECO y GARCÍA FERNÁNDEZ, 2012: 41-78.

5. Véanse al respecto: el número extraordinario de la *Revista de Historia Económica* (2003) «El consumo en la España pre-industrial»; RAMOS PALENCIA, 2010 o SANTIVERI, 3 (1986): 138-146.

conservación, en una exigua y reiterada gama de colores. No había moda en aquel amplio universo rural castellano... aunque gustasen de imitar los modelos más reconocibles de cualquier poder aparente.

Valores del simbolismo indumentario apreciados, por ejemplo, en las cantidades y calidades de tanta ropa blanca de cama guardada en el arca tras cada nuevo enlace; en el mantenimiento de los lenguajes de los regalos de boda hasta fechas muy recientes; en el aprecio al lecho conyugal cotidiano como estimación segura de muchas viudas en aquella familiaridad de sus habitaciones; en los rasgos de civilización alrededor de la mesa o en el salón, con sus adornos y vitrinas..., luciendo la vestimenta apropiada para recibir a las visitas; al igual que en su asidua presencia física en las propias puertas y ventanas, informando de lo público y de espacios interiores, en virtud de la inexistencia todavía de privacidad en toda la Europa del Antiguo Régimen, pero sí clave para comprender la cuestión de la apariencia externa social y doméstica.

2. Tópicos sobre la indumentaria popular

Resulta fundamental poner de relieve el asentamiento de algunos estereotipos sobre el vestido rural en su comparación negativa con la tendencia indumentaria urbana.

El legado familiar en la apariencia pública y privada, clave para valorar el peso de la organización comunitaria y su lenta transformación posterior, visualiza su enorme impronta y poder. Sin embargo, ciertos símbolos indumentarios y de la cultura material doméstica (con sus rituales de sociabilidad rural) se vieron frenados por fuertes críticas a las continuidades. Aun así, el calado estético del «majismo castizo» (pero no solo él) escenificaría notables mutaciones civilizatorias. A lo largo del siglo XVIII se fue constituyendo en modelo externo de una identidad común que definía cuestiones culturales de cohesión antiafrancesada (más que antiilustrada). Su trascendencia la convirtió en la primera moda popular con éxito ascendente entre la aristocracia dada su amplia proyección hacia las elites privilegiadas y su profusa difusión desde entonces por toda Europa mediante representaciones artísticas y literarias, hasta formar parte del imaginario consustancial de las colecciones de los más típicos trajes hispanos.

Ante la extensión de las prácticas de demanda –simbólica– de vestuario, tapices y cartones del periodo ilustrado, al igual que *La señorita malcriada* de Iriarte, la *Sátira a Arnesto* de Jovellanos y muchos sainetes de Ramón de la Cruz, también celebrarían el «majismo», popularismo o costumbrismo, aprobando el casticismo, mientras rechazaban y criticaban tanto al rústico como a la confusión de estados y condición generadas por el afrancesado petimetre: el plebeyismo goyesco mostraba la primacía del majo embozado.

El avance del cambio indumentario nació de dos posturas antagónicas: el exceso de los seguidores de las modas revolucionarias—«exóticas» extranjeras frente a los hábitos inmóviles de quienes reivindicaban un casticismo en el vestir convertido en bandera de la tradición patria, encarnada en los modelos de los trajes populares y en la virtud del rústico defensor de valores imperecederos. ¿Cómo se recibieron aquellas –contrastadas– hechuras?: ¿meros símbolos materiales adoptados cotidianamente?: ¿signos culturales rechazados como perversa alteración de la que alejarse o imágenes distintivas a copiar y reproducir?⁶ Desterrando guardapiés y descubriendo pechos y tobillos se «estaba a la moda»; antes ya destapando cabezas y desvelando rostros... pero rasgos estéticos todos ellos de pérdida de unas identidades católicas y nacionales eternas a preservar.

Los proyectos ilustrados encaminados a pulir las costumbres y prácticas vulgares de la cultura plebeya (cortando capas, achicando monteras...) transformaron madreñas y boinas en arquetipos civilizatorios negativos. Enfrente, las redecillas o mantillas de gitanos y manolas eran garantes de un clasicismo autóctono: la base crítica al consumo simbólico de demostración de estatus y a los «monos» imitadores de modas afrancesadas e irreligiosas⁷. No era cierto que «tan solo las gentes del campo y los viejos retuviesen la moda antigua»⁸: ¿por qué la novedad de casacas o levitas acabó imponiéndose como modelo de distinción de unos círculos elitistas sobre lo caduco? El apego a la tradición mostraba continuidades y rémoras culturales de todo tipo, pero también

6. «... Tantas majas confundidas con las mujeres más soeces de la ínfima plebe»; periódico *El Censor*, 1781-1787, discurso 79.

7. ISLA, *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, 1978. Véase: GARCÍA FERNÁNDEZ, 2005: 131-150.

8. Silhouette, Esteban de (1729), en GARCÍA MERCADAL, 1999, tomo IV: 613. Véase: GARCÍA FERNÁNDEZ, 15 (2016a): 69-96.

era reflejo de miedos a las mudanzas políticas, sociales e ideológicas. De ahí tantos frenos y controles visuales para reafirmar identidades y esencias. Ese temor al cambio generó que no pocos, aun permitiéndoselo sus economías, no quisiesen destacar con excesos: pudieron hacerlo objetivamente pero no lo deseaban... o lo anhelaban pero no debían sobresalir.

«Vestir y pensar a la antigua»⁹, no mudar de imagen, pasándose los trajes de una generación a otra. Una estrategia conservadora por encima de las leyes suntuarias: en realidad, predominaban las almonedas de viejo y los legados testamentarios de ropas a nietos, familiares o criados; prevalecían las herencias, y no únicamente en las zonas rurales aisladas o entre los grupos urbanos ajenos a los centros de innovación de la apariencia moderna. Resaltaban las desconexiones, con intensas incomunicaciones y marginaciones, sobresaliendo los frenos al disfrute material y a los nuevos vestuarios.

Y hasta un mobiliario macizo para durar eternamente reproducía valores muy positivos: estabilidad y perpetuidad, al definir formas de vida opuestas a la pecaminosa vanidad. Contrapunto a la novedad, lo arraigado de las costumbres provocaba que las modas se alterasen lentamente («el pueblo es el mejor depositario de las usanzas ancestrales; sus monteras, abarcas y ropas solo son copia de las antiguas vestiduras militares hispanas»¹⁰). Un proceso de reciclaje de lo viejo vinculado a su reutilización frecuente dentro del seno familiar. El uso del término andado era asiduo en las prendas transferidas en dote o inventariadas en todos los niveles económicos, siendo notable su baja tasa de reposición: «por cada petimetre que se disfrace siempre que lo manda su peluquero, habrá cien mil españoles que no han reformado un ápice su traje»¹¹. Estilos y lujos opuestos entre lo cortesano y lo plebeyo, lo extranjero y lo castizo: la innovación madrileña del contagio francés frente a una loable tradición provinciana y aldeana.

La popular mantilla femenina (o sus abanicos) se convertiría en un símbolo nacional en contraposición a la atea moda europea: frente al moderno «el

9. Muy atinada expresión galdosiana esta, personificada en el traje de don Pedro, que vinculaba ideologías fijas con apariencias externas concretas, diferenciando dos formulaciones nacionales contrapuestas de ver el mundo. PÉREZ GALDÓS, *Episodios nacionales*. Cádiz, 1874, capítulo V.

10. PONZ, 1783: 141.

11. CADALSO, 1793: Carta 21: 60-61.

pueblo se replegó en una actitud completamente hostil al influjo extranjero; como revancha a su miseria, se atrincheraron en una despreciativa xenofobia»¹²; de ahí el arraigo secular de aquella potente crítica estética al petimetre durante todo el siglo XVIII (y el XIX).

Frente tanto a casacas como a golillas, el inmediatamente reconocible atavío rústico («de inferior categoría, al calzar polainas como los labriegos del lugar») reforzaba eficazmente una imagen pública tachada por su desacreditado tufo a rancio. Aunque la costumbre seguía uniformándose «vistiendo a la antigua», muchos castellanos criticaban las nuevas modas:

ni mi madre ni mi abuela lucieron jamás esas invenciones y embustes... así vivieron muy honradamente, y no tú que los días de fiesta pareces una condesa y tus hijas marquesicas, cuando solo sois humildes labradoras; sin considerar que causáis risa a las personas de meollo... que por más que la mona se vista de seda...¹³.

El clásico hábito talar negro clerical y sus sermones trascendiendo el mensaje socio-moral e ideológico de la crítica a aquella notoriedad indumentaria moderna. Frente a una necesaria austeridad y modesta compostura, el abandono de ostentaciones y adornos. Su bandera: honestidad y decencia, atuendo moderado y respetable; «ejemplo sobresaliente de buena conducta, alejada de todo desorden de apariencia»¹⁴.

La perversidad de las mudanzas y la «ilusión de la novedad» solo causarían desprecio popular, aconsejando mantener las formas externas en el vestir en pro de un orden social inmutable y como expresión perpetua de los valores tradicionales, sacros y patrios, ideológica y colectivamente. Reproches (también antiilustrados) que unían la crítica al «imperio» y la «ley de la gran moda» y los «excesos del lujo» con un enorme desprecio a las galas del modernizador atavío extranjero.

Ya en 1762 Nipho utilizó el término civilizar en varios artículos periodísticos para mostrar la necesidad de regeneración moral y perfeccionamiento

12. *El Censor*, discurso 79. MARTÍN GAITE, 2005: 152. Véase: CRUZ, 1768.

13. ISLA, tomo II: 794 y ss. Véase: ESTEBAN OCHOA DE ERIBE, 2018; analiza los contextos y lógicas de los redactores y a quiénes iban dirigidos los discursos vascos a finales del Antiguo Régimen, además de comprender los objetivos de tales mensajes de civilización contraponiendo lo urbano y lo rural.

14. DIÉGUEZ, 1748.

de las costumbres más comunes de cara a estar a la altura cultural de las principales capitales occidentales europeas ilustradas. No obstante, Clavijo y Fajardo significaba que solo se trataba de un nuevo vocablo usado por petimetres. Se estaban configurando entonces los autoconsiderados «depositarios de una mayor carga de civilización» («amigos ideológicos»), en belicosa pugna elitista frente al plebeyismo castizo circundante, presentando un amplio programa reformista que eliminase gustos compartidos, comportamientos tradicionales y otros usos reinantes. La intensidad de aquella polémica progresista (en la que participaría activamente el afamado sainetero don Ramón de la Cruz) se explica por la consolidación de distintos entornos y experiencias rápidamente alejados de los ambientes más populares. Todos ellos (junto a los sectores provincianos de referencia crítica) fueron agentes y actores de aquel cambio trascendental: debía «revestirse la identidad» de sus protagonistas y en los círculos donde nacieron esos mensajes, prácticas y valores innovadores se generaron en paralelo mayores repulsas hacia los mismos ante la cuestión del «más o menos valer» y el «pulido de los modales» para participar de la buena sociedad –una «sociabilidad escogida»– en las representaciones públicas y privadas¹⁵. Aunque ya se avisara como defensa bélica de principios básicos de una irrenunciable idea nacional: «volveremos a ser españoles rancios... vestiremos nuestro antiguo traje»¹⁶ contra aquel proceso cosmopolita y refinado visible, en casas solariegas (también rurales) en las formas de «ir a la moda» o en la materialidad doméstica.

Todo ello, inmerso en la dinámica evolutiva que en aquella vida cotidiana popular adquirirían ciertos parámetros de cultura material comparada¹⁷, al considerarse enseres indicadores de los distintos niveles de bienestar: camisas masculinas, zapatería con hebillas, sábanas, docenas de servilletas..., vajillas, cristalería o chocolateras.

El valor real y figurado de esos ropajes superaba su mera función cotidiana. Claramente demostrable su simbolismo entonces cuando un capote ensuciado con barro por un travieso mozalbete durante el baile celebrado la

15. IMÍZCOZ BEUNZA y ESTEBAN OCHOA DE ERIBE, 4/7 (2017): 180-214.

16. CAPMANY, 1808.

17. GARCÍA FERNÁNDEZ, 8/32 (2016b); 2012: 1445-1457; 15 (2016a): 69-96. También: BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ y GARCÍA FERNÁNDEZ (coords.), 15 (2016).

noche de Reyes de 1795 en la plaza mayor de Mucientes acabaría enjuiciado, enfrentando a dos familias durante décadas, después de un dolorosísimo golpe asestado a aquel menor, al entenderse menosprecio jerárquico¹⁸; también tras los numerosos robos de camisas y sábanas lavadas y tendidas a secar a la vera de cualquier riachuelo castellano¹⁹; lo mismo que la valentía atemporal de otro pendenciero mozo se exteriorizaba públicamente en su salida en pandilla juvenil nocturna «a echar un trago, a cuerpo y sin capa», antes de agredir y rasgar las prendas del alguacil del lugar de Zaratán (quien rápidamente le prendería)²⁰.

Predominio de atuendos miserables. Constantes reaprovechamientos. Escasas mudanzas. Lo rural desconectado por meramente antiguo. Lo provinciano despreciado por tradicional. Abismales fracturas contrastadas, estética e ideológicamente.

3. «Pasar por lugareña es el papel más ridículo del mundo...»²¹

Quejoso, en cualquier provincia del interior castellano, un marido censuraba la pasiva actitud de su joven esposa: «la reprendo cientos de veces que es tan ridículo en una señora de su clase ser la primera en inventar modas o imitarlas como el no seguir las cuando ya están adoptadas por las damas de la Corte»; pretendiendo, aunque ricos, que «no ha de ponerse [su hijita] más que un hábito», al adoctrinarla «aborrezca toda idea de lujo» y prohibiéndola «no usara otros, salvo los tejidos con sus propias manos»: «¡un solo vestido!; ¿qué dirán las gentes?; eso redundante en desdoro mío; compostura y adorno hacen parecer mejor a la mujer y mis hijas deben lucirlo»²². Frente a la normalidad cotidiana de la sobreabundancia de lo antiguo, tampoco faltaban las

18. Entre otros muchos conflictos individuales y vecinales documentados encontrados en el Archivo de la Real Chancillería de Valladolid (ARChVa), *Pleitos Criminales*, caja 384, 3.

19. ARChVa, *Pleitos Criminales*, caja 144, 3; 1578.

20. ARChVa, *Pleitos Criminales*, caja 644, 6; 1790.

21. «Amiga ¿todavía usa usted esas escofietas? ya no las traen en Madrid sino las cocinearas; venga a ver las modas que traigo, chucherías y frioleras que una mujer no puede excusar sin pasar por lugareña, que es el papel más ridículo del mundo para no ser risa y escarnio público». *El Censor*, discurso 29.

22. *Ibidem*, discurso 95.

críticas a una negativa *anticuación* femenina apegada a modelos heredados e inamovibles. También se opondrían a que ellas (el mujeril «deseo de parecer bien» tendría marcados límites mentales) no ostentasen sobresalientes galas conforme a su estatus cuando el no hacerlo menguaba su honor público, de un mayor valor visual que sus dineros y por encima de antiguas tradiciones indumentarias (aun fuera del más innovador ámbito capitalino).

Hasta articular su nuevo estándar inmóvil, las elites volvieron a remarcar el contraste de su estatus al diferenciarse con nitidez de otras fisonomías ancladas al pasado. Así, perpetuándose después inalterado, se establecería oficialmente un modelo de atuendo popular alejado de la moda. Válido para fijar y controlar los patrones de representación social, las visiones extranjeras contribuyeron a conformar la civilización hispana, ofreciendo una pauta perfecta de exaltación de la singularidad con la invención de la tradición y dibujando, despectivos, unas exóticas esencias y maneras diferentes del ser español basadas en sus costumbres y vestuarios, creando tópicos reduccionistas y estereotipos culturales seculares definidores de atrasos, y de un porte divergente regional al sur de los Pirineos; criticando negruras, suciedad y barbarie; impresionando su salvajismo... Desinformados de las novedades y atados al arcaísmo provinciano, pocos podrían seguir los ritmos marcados por París, conservando sus prendas residuales elevadas a la categoría de marcadores de identidad; anticuadas, quedaban marginadas y lucidas únicamente por desheredados o campesinos aislados de toda innovación material y mental. Creándose distanciamientos y exclusividades, tampoco el dinero fue la única causa visible de los niveles de consumo y apariencia: «en Andalucía, donde la miseria es más real, gozan en lo exterior de mayor acomodo que en Cataluña»²³.

Así, en el siglo XIX se fijó ese uniforme popular regional. Visiones residuales de atavíos extraños en Madrid. Indumentarias tradicionales en colores y hechuras. Estéticas y códigos petrificados. Esa intención guiaba a Juan de la Cruz Cano y Olmedilla al grabar su *Colección de trajes de España, tanto antiguos como modernos* (1777-1788). Retratos reinterpretados bajo imágenes cotidianas. Llamativos tipos marginales con modas ya arcaicas. Personajes

23. Peyron, Jean François (1772), en GARCÍA MERCADAL (1999), tomo V: 250.

de gran impacto visual por su rara apariencia diferenciadora externa²⁴. Un costumbrismo romántico hispano unificador. Interesados estereotipos simbólicos de la desconexión rural. Estampas de provincia invisibles en los nuevos escenarios del poder de la sociabilidad burguesa urbana.

Sin olvidar las tendencias de consumos y demandas, que también contribuían al distanciamiento rural de la evolución de las modas urbanas, los atavíos de la Castilla interior popular tardarían muchísimo en mudar: cultural y socialmente, las tradiciones allí conservadas parecían inmutables e imperecederas. La civilización ilustrada y decimonónica resultante estableció barreras de apariencia infranqueables para quienes no aceleraran su incorporación a la nueva imagen pública reformada.

Incluso, el éxito del género de las comedias de costumbres ilustradas, mezclando el decoro clásico con el buen gusto innovador, certificaría el desprecio al exceso cultural del petimetre extranjero en paralelo a la ridiculización del moderno cazadotes (*dandy* o *pirraca*) por falso, aprovechado y holgazán. Aun concluyendo en fracaso su intencionalidad crítica y frente a una movilidad social revolucionaria sin más bases sólidas de civilización, se alababa el éxito de la estabilidad tradicional familiar.

Aquellos trajes regionales (¿singulares?), reflejo siempre de un intenso conflicto de apariencias, resultan muestras clarificadoras de las jerarquías civilizatorias entonces reinantes, cuando el escaparate público del incipiente urbanismo hispano –madriileño y periférico/portuario– se imponía progresivamente, menospreciando y arrinconando el atavío (comunitario) de la gran mayoría castellana rural²⁵.

Aunque con crecientes prácticas contrarias, el rechazo roussoniano al *modisto* y al lujo reafirmaría cierta «estética rústica» colectiva: negación de una moda evanescente y opulenta, tal reconfiguración cultural primaría utilidad, comodidad y libertad frente a la vanidad vestimentaria y las novedades estilísticas en la imagen individual. El modelo: atuendos holgados y simplicidad plástica de hechuras y tejidos. La virtud de un pueblo civilizado

24. Al igual otro muestrario también muy popular entonces: Rodríguez, Antonio, *Colección general de los trajes que en la actualidad se usan en España*, 1801.

25. Al hilo del reciente congreso *La Ciudad: imágenes e imaginarios*, Universidad Carlos III de Madrid, marzo de 2018. También: IMÍZCOZ BEUNZA, GARCÍA FERNÁNDEZ y ESTEBAN OCHOA DE ERIBE, 2019.

y la del ciudadano sin ataduras de apariencia no necesitaría galas externas diferenciales ni un aprecio visual distintivo de su posición para lograr la aprobación²⁶. Tiempo después, los manuales de buenas maneras subrayarían nuevos códigos sociales ligados a la sencillez–discreción como respuesta a la artificiosidad dieciochesca, muy apreciada popularmente también, usando los términos etiqueta y elegancia como lenguajes simbólicos europeos de barrera identificativa de toda emulación burguesa.

4. Un debate inconcluso: la aldea dejaba de estar de moda

En función de la complejidad de las investigaciones en curso en torno a la construcción de las identidades culturales (y las categorías sociales) y en la medida en que las costumbres ya se encontraban en continua mutación y que sus prácticas siempre estuvieron en un proceso de transformación nada estático, por encima del dato puntual, interesa la cuantificación con sentido cronológico y su trascendencia cualitativa, al igual que el acercamiento a las enormes desigualdades jerárquicas existentes dentro de la propia pobreza rural, de cara a la comprensión de la adaptación familiar a los cambios. Siguiendo el curso vital, además, se impone el estudio diferencial en la larga duración de aquellos procesos de modernización civilizatoria que en el tránsito final del Antiguo Régimen mostraban que el concepto de lo aldeano tendía a considerarse peyorativo²⁷.

Tanto individual como familiarmente, en el contexto de la cotidianidad diaria, los lazos horizontales y los vínculos verticales del traje unían y aislaban, diferenciaban y agrupaban, distinguían y alejaban; generando brechas entre discursos y prácticas –con enormes distancias de sociabilidad–, al utilizar el porte externo como valor social reconocible: mensaje simbólico, principio legitimador e instrumento de poder.

26. Rousseau, Jean–Jacques, *El Emilio o De la educación*, 1762. En su crítica moral al lujo, las modas impedían definir la identidad y el reconocimiento personal: reafirmando el protagonismo femenino para difundir los nuevos atuendos de ostentación (enmascaramiento estilístico de la imagen pública), hasta «las esposas de los montañeses van a ver y luego a que las vean; querrán ir bien arregladas y con distinción... de donde nacerá enseguida una emulación en joyas y vestidos que les arruinarán». ROUSSEAU, 1994: 79.

27. Flores, Antonio, *Ayer, hoy y mañana... Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899*, 1883.

Con transformaciones y reminiscencias, en aquel mundo móvil entre renovación y permanencia, de cambios y mutaciones frente a un modelo comunal y tradicional ¿puede apreciarse el itinerario social a través de la dinámica de sus siluetas y perfiles vestimentarios?; al abrirse múltiples interacciones culturales centrífugas y centrípetas ¿su continuidad atemporal presentaba más debilidades que fortalezas identitarias a finales de la Edad Moderna? Constituyen trazos y retratos representativos del amplísimo escenario de experiencias castellanas rurales marcadas por la evolución de unas particularidades cada vez peor valoradas y comprendidas por su no avance civilizatorio en relación con el dinamismo acelerado e imparable de unas vivencias urbanas propias erigidas en juez y bandera del conflicto mental subyacente, aunque incluyendo planos y direcciones diversas, y mostrando ritmos de asimilación totalmente contrapuestos.

El aura primigenia del peso conceptual de la tradición y la continuidad local se enfrentaba (perdió) a una nueva imagen de poder cosmopolita bajo la senda de patrones afrancesados, movilizando recursos indumentarios innovadores en un enorme esfuerzo reformador que partiendo desde la elite cortesana o comercial incorporó a los grupos dirigentes y en ascenso a un mundo reeducado y revestido por etiquetas modernas. Por el contrario, los atuendos rurales tendían a ser vistos con desprecio y hasta con miedo.

Hábitos públicos que acabaron modificando la base relacional sociocultural de la notoriedad; con mutaciones que trascendían la mera estética para generar procesos de cambio de gran impacto global-nacional. Sobre aquella apariencia de continuidad y permanencias, esas transformaciones fueron profundas, génesis de un ordenamiento contemporáneo, aunque todavía bajo un escudo tradicional e inercias ideológicas cuyos contornos tardarían en desmoronarse. Viejos caparazones petrificados y muy resistentes al desarrollo de la nueva realidad de unas modas rápidamente triunfantes.

Divergencias. Los críticos defensores de la tradición apreciaban superfluidad y excesos (afrancesamiento) en el atuendo... pero ¿el campesino era menos innovador, siempre apegado al arcaísmo? Pese al desprecio culto hacia las prácticas ancestrales, la dicotomía urbanidad-mundo rural funciona uniformemente; y mayores patrimonios tampoco significaban *per se* una más

nítida tendencia consumista de nuevas modas ni una clara mejoría de sus demandas o de las condiciones de su vida cotidiana²⁸.

«Ser reconocidos por el atuendo» (según los hatos así serían los tratos) resultaba clave... pero generaba competencias, rechazos e imitaciones²⁹. ¿La elite rural copiaba a las capitalinas?; ¿la extensión del consumo era horizontal y vertical a la vez?; ¿tan limitada estaba la difusión y recambio de unas vestimentas rupturistas?; ¿infantes vistiendo siempre igual que sus mayores?; ¿debe matizarse la fortaleza tradicional?; ¿modas femeninas?: «solo las mujeres del pueblo usan ya la mantilla a todas horas»³⁰.

Lo inmutable de la comunidad y el escaso individualismo innovador rural debe puntualizarse. Al igual que el atraso local frente a la intangible modernización urbana. Imitaban cómo y cuándo podían, incluso potenciando la rusticidad o el casticismo..., en la medida en que la constitución de conciencias e identidades colectivas disciplinadas se definían como principios reguladores básicos de las relaciones social³¹.

Aunque lo superfluo caminaba en paralelo a la necesidad, el descubrimiento del lujo siempre estuvo presente en la mentalidad castellana. No obstante, las variaciones de la moda únicamente aparecían entre una minoría y solo los cambios estacionales tenían cierta repercusión en la indumentaria popular: reducida a lo esencial, la pobreza vital urbana y rural vestía de forma muy parecida en toda Europa. Cotidianamente, sin riqueza no existía ni libertad de elección ni mutación posibles, e incluso el traje festivo (los más baratos aun se sustituían menos; protectores delantales, pañuelos y mantones adornados, largas camisolas y guardapiés femeninos; calzón y una camisa –jubones en invierno ¿y capas?–, con algún tipo de sombrerería pero con una enorme limitación de calzado, fue el hábito portado por la mayoría campesina) se transmitía secularmente de padres a hijos: por amplios que

28. BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, 2014: 385-398.

29. Munibe, Xavier, *Los aldeanos críticos*, 1758. Luzán, Ignacio, *La razón contra la moda*, 1751. Capdevila, Juan, *Rasgo anticurruutático dirigido a las madamitas de nuevo cuño*, 1796.

30. Bourgoing, Jean François (1788), en GARCÍA MERCADAL, 1999, tomo V: 502.

31. Siguiendo el mismo planteamiento que para los espacios urbanos: *Urban Renewal and Resilience. Cities in comparative perspective*, Roma, agosto de 2018 (European Association for Urban History); o en la línea del proyecto de investigación «Intercambios culturales, tangibles e intangibles (ss. XVI–XVII)» (IP Alfredo Alvar Ezquerria).

fuesen los contrastes regionales, cristalizado e identificativo-identificado, se conservaría inamovible durante siglos³².

En suma, diferentes modelos y arquetipos de civilización en pugna, visualizados en su apariencia vestimentaria externa: el «buen tono» despreciaba despectivo al común.

El enigma de la conformidad popular material (y sacralizada) puede comenzar a esclarecerse si se considera no solo poder adquisitivo y relación con el mercado y se atiende y profundiza en las discrepancias horizontales vecinales, tanto desde sus aspiraciones miméticas como comprendiendo sus frenos ideológicos. Aun así, aquel proceso de reforzamiento de la cerrazón social (ayer y hoy)³³ siempre estuvo presente en aquellas comunidades más desconectadas, aunque fuese allí donde, al introducir alguien algún nuevo consumo, antes se precipitasen los contrastes, se notasen primero los conflictos de apariencia y las pugnas pudiesen plantearse también en clave de una indumentaria aldeana diferenciada. Mientras entre las familias pobres no se satisfacían sus necesidades primarias de vestuario y la ausencia de cualquier idea de moda era patente, se incrementaba el peso de adornos y mobiliario en los hogares pudientes, diversificándose y mejorando las calidades y elevándose su confort³⁴. Los ajuares se concentraban, proporcionando a unos pocos mayores comodidades y homogeneidad en sus enseres, distintivos además de un modo de vida alejado del común. Aunque sobresalían las carencias rurales, la clave residía en el aumento de la desigualdad y las diferencias en las mejoras entre las casas ricas y las más humildes: las innovaciones solo estaban presentes en los inventarios de la elite local, pero no debe menospreciarse su impacto, cuando finalmente supusieron una transformación profunda y de carácter irreversible para las gentes que acogieron dichos hábitos selectos, convertidos en conducta colectiva: con contrastes enormes, iniciarían una nueva fase en su civilización material tras la introducción en un muy restringido número de viviendas de un notable conjunto de novedades³⁵. Dentro de

32. MALANIMA, 1990, «Vesti»: 22-36. BRAUDEL, 1984. Workshop CFP: *Spices and Stockings: Cultures of Consumption in the Periphery, 1600-1850*, Uppsala University, 12-14 junio de 2015.

33. CEA GUTIÉRREZ, 2004: 258-272.

34. ZARANDITETA ARENAS, 21 (2000): 63-97.

35. RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, 1999: 193-231. Véase: ELIAS, 1988.

la preferencia por lo funcional y duradero (la fórmula básica del acopio de bienes procedía de la herencia y el contenido objetual hogareño se traspasaba generacionalmente), solo una minoría luciría rasgos lujosos.

En esa constante re-evolución mimética, en el epicentro de sus ondas expansivas se situarían los individuos innovadores con contactos profesionales en virtud de su actividad (no por mera estructura social o capacidad económica de «arriba a abajo»), mientras que una privilegiada minoría del mundo rural también podría incorporarse a los consumos de forma activa³⁶. La lógica utilitaria determinaba que, mentalmente, todo debía tender a uniformarse para reconocerse y remarcar sus respectivos espacios de reclusión, masculinos o femeninos (desde las damas cortesanas³⁷ hasta las presas encarceladas y tanto cadetes y seminaristas como modistas y manteístas): visualmente, se fijaron a partir de entonces las imágenes prototípicas de las atemporales esencias de criadas vascas, trajineros maragatos, toreros andaluces o moras granadinas³⁸.

Imaginario notorios a partir de muy reconocibles imágenes populares. «El mayor maestro del mundo [barroco], el tiempo» criticaba a tanto presuntuoso chanflón («sabiendo lo que estima un galán que se le caiga a su dama un guante para tenerle por prenda»), pues, aun «no teniendo que prestar lienzo a sus carnes [trayendo sastres del infierno]... se les caen hasta las calzas... que delante de los reyes también los grandes se descubren»³⁹; todos sus pañuelos eran simples y vulgares moqueros en aquellos espacios definidos por la ausencia de cualquier jerarquización de privilegio.

Las continuistas galas de una novia transmitiendo heredados e imperecederos atavíos. Sin olvidar las estrecheces del mercado, las roperías siempre contarían con los géneros más populares y baratos, pregonando las prendas de segunda mano desde «una mesa con dos aspas en las que se hacen en la plaza

36. Véanse: REY CASTELAO, XIV (2015): 221-229 y RIAL GARCÍA, 2005.

37. Anónimo presentado por la Junta de Damas de la Real Sociedad Matritense de Amigos del País, *Discurso sobre el lujo de las señoras y proyecto sobre un Traje Nacional*, 1788.

38. Retratos también por Antonio Carnicero, Luis Paret, Miguel Gamborino o José Rivelles; igual que antes ya hicieran Juan y Manuel de la Cruz Cano y Olmedilla o Antonio Rodríguez y E. Martín.

39. QUEVEDO, 1699: 530-535. Dada su mala traza: «si te pidiere manteos de raso, mantos de soplillo, pasamanos de plata, tocas o zapatillas que se vaya a...; y si acaso te vieras forzado a dar algo, sea poco y muchas veces».

[vallisoletana] las almonedas»⁴⁰; aquellos que cuando dejaban de servir a sus amos abandonaban en las casas un jubón, unos calzones, «una zamarra y otros aderezos de pastor»⁴¹; al igual que los *descaminos* o buhoneros introducían sus mercancías en el interior castellano (muchos «botones de cristal y otros de alquimia»⁴²) mientras los merceros mostraban el surtido transportado hacia las zonas rurales⁴³ o el apresamiento de tejidos de contrabando; y teniendo presente el activo trabajo doméstico generado por los habituales quehaceres de las propias labores femeninas. Datos todos suficientemente demostrativos de los no siempre estáticos consumos campesinos. Sus claves diferenciadoras provenían y se asentaron tiempo atrás y no exclusivamente en momentos de ilustración y reforma⁴⁴.

Vecindarios campesinos y jornaleros cuyo universo objetual se muestra inmóvil y tradicional, en marcada contraposición con los horizontes culturales más abiertos ofrecidos por sus elites rurales minoritarias. Atentos al mundo de las cosas cotidianas, los distintivos materiales observados simbolizan los comunes—diversos estilos de vida identificativos de personas y familias, en una visión contrastada en la que la confluencia de propiedad y apariencia, de condiciones de bienestar y preeminencia, ofrecen muchas respuestas patentes sobre la construcción evolutiva castellana, desde que a finales del medievo⁴⁵ comenzara ya la imitación popular de las modas acomodadas al eliminar sus hábitos largos e informes, sustituidos por unos jubones mejor amoldados a los cuerpos.

Una moda convertida en epicentro de la controversia entre reforma y tradición, a la que achacar la decadencia y corrupción de las costumbres y toda la confusión de órdenes existente (la jerarquía también debía ser respetada en el atuendo). Así lo criticaron no pocos ilustrados, como De la Cruz, Romero del Álamo, Cadalso o Normante; lo mismo que el padre Isla a la hora de rechazar las novedades del afrancesamiento, precisando su asentamiento cortesano y

40. AHPVa, *Sección Protocolos Notariales*, legajo 1.035, ff. 1119 y ss.; 1594.

41. ARChVa, *Pleitos Civiles*, caja 540,1; 1554.

42. ROJO VEGA, 1996: 171.

43. FONTAINE (ed.), 2008.

44. Siguiendo los sugerentes planteamientos del último proyecto de investigación dirigido por M.^a Ángeles Pérez Samper y Gloria Á. Franco Rubio «Maneras de vivir en la España moderna: condiciones materiales y formas culturales de lo cotidiano. Domesticidad, privacidad y sociabilidad».

45. FURIÓ (ed.), 2018.

proyección femenina (tantas «monas» y cuestiones de «bien parecer») junto a su progresiva traslación social hacia el mundo rural campesino: «se ha pegado furiosamente el lenguaje de la... extravagancia», considerando un «reverendísimo Matusalén» a demasiados «antiguos»⁴⁶; pasando de las prohibiciones a las innovaciones a la urgencia por su modernización; de ser meros perseguidos aquellos disfrazados que imitaban los cambios a tildarse ya de vulgares a quienes siguiesen luciendo sus intimidatorios y caducos chambergos.

¿Debe llamarse cultura y civilización al «uso de las cosas no necesarias para la subsistencia» y lucidas «por voluptuosidad o vanidad»⁴⁷? Muchas modas encarnaban ideales opuestos, representadas en estéticas y actitudes exageradas: el refinamiento aristocrático frente a la virilidad plebeya, afectadas ambas en su artificio excesivo. Peligrosas novedades urbanas: «[rústicos y lugareños] se honran y engalanan con ellas, llamándolas nuevas, cuando ya son despreciadas y están olvidadas en Madrid»⁴⁸.

Al margen de majos y petimetres, de afrancesados o castizos, se desacreditaba la estética rústica, únicamente válida ya para caracterizar al pobre vulgo rural, aunque también algunos tratasen de volver a reivindicarla como modelo moral y de orden social reafirmante de una tradición modélica, entendida como imperecedera, ajena al cambio negativo y frontera inmóvil de valores eternos frente a cualquier mudanza siempre perversa. Fija; inmutable; en todos los sentidos (salvo en el consumista) apropiada; crítica con la moda y sus excesos; despreciando el moderno atavío exógeno.

Aquella civilización castellana era gregaria y basada en actitudes corporativas, comunes y callejeras⁴⁹. Únicamente, entre lentos y complejos giros, triunfaría el tiempo del individuo por encima de los capitales lazos de la sangre y del parentesco. Primero, entre las elites estatales, en un proceso modernizador, mental y socialmente acelerado; calando, después, en distintos sectores terratenientes fuera de los principales ámbitos urbanos. ¿Cuál fue su alcance en el siempre mayoritario mundo rural?: el peso de las estructuras antiguo-regimentales y de las permanencias familiares seguirían siendo muy

46. ISLA, 1978, t. II: 614, 582, 626 y 794.

47. CADALSO, 1793.

48. ZAMACOLA, 1795.

49. BOURDIEU, 2004: 249-258.

notables durante mucho tiempo. De ahí que las relaciones intradomésticas y las construcciones comunitarias fuesen tanto estáticas como dinámicas y que los consumos de apariencia lucidos para la demostración pública sean difícilmente comprensibles.

«Vestir, pensar y obrar a la antigua» relacionados cuando el atuendo conformaba la comunidad (las familias, los diferentes colectivos sociolaborales, las edades vitales, las jerarquías de poder, las adscripciones regionales y la residencia rural): tradiciones, apegos, rémoras, continuidades, controles visuales, identidades reafirmadas y miedos a las mudanzas ideológicas, generando que, deseándolo y permitiéndoselo sus capitales, todavía no adoptaran la actitud de destacar con excesos para no sobresalir, debido a sus propios frenos mentales o escenificando conscientemente sus rechazos al cambio⁵⁰.

¿Qué labriego entendía de novedades a finales del siglo XVIII tras cada reparto hereditario?: el traje popular carecía de originalidad; constituía su antítesis..., pero ¿cómo debe interpretarse el incremento de las ventas de segunda mano, las almonedas, las redes de buhoneros (gallegos y montañeses) o las ferias y tiendas abiertas⁵¹? En fin: «la que es deseosa de ver, también tiene deseo de ser vista; y no digo más»⁵².

* * * * *

Al hilo de estas reflexiones conclusivas, deliberadamente abiertas, solo cabe informar que continuamos trabajando en esta amplia y compleja temática⁵³.

Así, a mediados del siglo XVIII, mientras el padre Isla subrayaba que aunque «la mona se vista de seda, mona se queda», Rousseau clamaba ya por el retorno a la simplicidad de una «estética rústica». En positivo y en negativo, se estaba fraguando la idea de una «vulgaridad» diferenciadora de la «modernidad». Atentos al proceso de sus estilos de vida característicos

50. MARURI VILLANUEVA, 42 (2016): 267-301.

51. «Un gran número de tiendas de quita y pon, parecidas a las de campaña, ofrecen a las gentes del campo géneros propios para sus trajes». ROMÁN, 2009: 71.

52. Sentenciaba el Sancho gobernador. CERVANTES SAAVEDRA, 2005, t. II, cap. 49.

53. HAR2017-84226-C6-4-P: *Familias, cultura material, apariencia social y civilización. Identidades y representaciones en el interior peninsular (1500-1850)*; programa estatal de 'Excelencia', 2018-2020.

cabe reunir y presentar estas tres aportaciones⁵⁴ firmadas por Antònia Morey Tous («Grupos campesinos intermedios, estilo de vida y pautas de consumo. Mallorca, 1750-1836/50»), Francisco José Alfaro Pérez y Carolina Naya Franco («De hatos y tratos. Indumentaria, moda y comportamientos sociales en el valle del Ebro y en el Pirineo central a fines de la Edad Moderna»), y Máximo García Fernández («Permanencias estructurales rurales versus mudanzas. Consumos, necesidades y apariencias en Valladolid a finales del Antiguo Régimen»), de cara a seguir investigando sobre el mundo rural español en su tránsito –cultural– hacia la contemporaneidad.

En la sociedad castellana y aragonesa-baleár tradicional las permanencias fueron más importantes que los signos de cambio en el largo periodo de transición desde el Antiguo Régimen hacia los nuevos valores de convivencia posteriores, generándose fuertes resistencias y no pocos conflictos culturales en aquellas mudanzas que, lentamente, irían transformando el eficaz comunismo rural por modelos más individualistas.

La evolución de los patrones de consumo, demanda, mercado y de apariencia, pueden contribuir a mostrar aquella realidad cambiante, que el reformismo ilustrado y el posterior liberalismo decimonónico caricaturizó como «trajes regionales», localismo tradicional, atraso campesino, casticismo antieuropeo, rusticidad atrasada, superstición de sotana, etcétera. Generando una galería de arquetipos civilizatorios negativos que han pervivido hasta la actualidad... aunque aquella dimensión no urbana fuese mucho más móvil, abierta y permeable de lo que siempre se ha considerado⁵⁵.

54. Por distintos motivos no han podido incluirse: Juan Manuel Bartolomé Bartolomé («Condiciones de vida en la periferia castellana: Miranda de Ebro y su jurisdicción, 1700-1850»), José Luis Rodríguez Fernández («Cultura material en la sociedad de Tierra de Campos, 1600-1850»), José Pablo Blanco Carrasco («Análisis comparado de las vestimentas de la primera infancia rural castellana») y Javier Esteban Ochoa de Eribe («Travestismo social. Tras la huella de ‘rústicos’ y ‘urbanitas’ en la España de los siglos XVIII–XIX»).

55. Superando fronteras cronológicas y con una fuerte dosis comparativa, estos trabajos se han reelaborado a partir de los debates generados en la sesión S109: Apariencias rurales en evolución a finales del Antiguo Régimen: el ciudadano frente al rústico, coordinada por Máximo García Fernández y Juan Manuel Bartolomé Bartolomé e inscrita en el II Congreso Internacional «Transiciones en la agricultura y la sociedad rural. Los desafíos globales en la Historia Rural» (VII Encontro Rural Report y XVI Congreso de Historia Agraria del SEHA; Santiago de Compostela, 20-23 de junio de 2018).

Referencias bibliográficas

- BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel, «Apariencias externas e interiores domésticos de las familias de la burguesía comercial leonesa (1700-1850)», en Máximo García Fernández y Francisco Chacón Jiménez (dirs.), *Ciudadanos y familias. Individuos e identidad sociocultural hispana* (ss. XVII–XIX), Valladolid, Universidad de Valladolid, 2014: 385-398.
- BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel, «Pobrezas y riquezas campesinas castellano leonesas: contrastes en las formas de vida y consumo (1700-1850)», *Tiempos Modernos*, 8/32 (2016a): 419-431. Disponible en: <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/article/view/1292> [consultado el 21 de septiembre de 2018].
- BARTOLOMÉ BARTOLOMÉ, Juan Manuel y GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo (coords.) monográfico *Consumos de apariencia en la Castilla Moderna, Estudios Humanísticos. Historia*, 15 (2016b). Disponible en: <http://dx.doi.org/10.18002/ehh.v0i15>
- BOURDIEU, Pierre, *El baile de los solteros*, Barcelona, Anagrama, 2004.
- BRAUDEL, Fernand, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV–XVIII, Tomo I: Las estructuras de lo cotidiano*, Madrid, Alianza, 1984.
- CADALSO, José, *Cartas Marruecas*, Madrid, Imprenta de Sancha, 1793. Disponible en: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000047629> [consultado el 13 de octubre de 2018].
- CAPMANY, Antonio, *Centinelas contra franceses*, Madrid, Gómez Fuentenegro y Cía, 1808. Disponible en: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000095247&page=1> [consultado el 1 de diciembre de 2018].
- CEA GUTIÉRREZ, Antonio, «Entre el tópico urbano y la realidad rural. La implantación del pañuelo de manila en tierras de Salamanca», en *La ciudad es para ti. Nuevas y viejas tradiciones en ámbitos urbanos*, Barcelona, Anthropos, 2004: 258-272.
- CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1605, Madrid, Aguilar, 2005, tomo II.
- CRUZ, Ramón de la, «Las majas vengativas», manuscrito de 1768, publicado en *Sainetes escogidos de D. Ramón de la Cruz*, Madrid, Medina y Navarro, [1874?], t. II. Disponible en: http://bibliotecavirtualmadrid.org/bvmadrid_publicacion/i18n/consulta/registro.cmd?id=9518 [consultado el 21 de septiembre de 2018].

- DIÉGUEZ, Matías, *Espejo de luz, que deshace las tinieblas de la ignorancia y hace ver los engaños de la vanidad y la soberbia: descubre y enseña a las mujeres entregadas locamente a trajes profanos...*, México, Viuda de D. Joseph Bernardo de Hogal, 1748. Disponible en: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000092393&page=1> [consultado el 1 de diciembre de 2018].
- EL CENSOR, *obra periódica*, Madrid, [s.n.], 1791-1787. Disponible en: <http://hemerotecadigital.bne.es/details.vm?q=id:0003829198&lang=es> [consultado el 12 de octubre de 2018].
- ELIAS, Norbert, *El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, México, FCE, 1988.
- ESTEBAN OCHOA DE ERIBE, Javier, *Discursos civilizadores. Escritores, lectores y lecturas de textos en euskera (c. 1767 – c. 1833)*, Madrid, Sílex, 2018.
- ESTUDIS D'HISTÒRIA AGRÀRIA, 22 (2009). Disponible en: <https://www.raco.cat/index.php/EHA/issue/view/18558/showToc> [consultado el 1 de diciembre de 2018].
- FLORES, Antonio, *Ayer, hoy y mañana... Cuadros sociales de 1800, 1850 y 1899*, Madrid, Mellado, 1863.
- FONTAINE, Laurence (ed.), *Alternative Exchanges. Second-Hand Circulations*, New York, Berghahn Books, 2008.
- FURIÓ, Antoni (ed.), *Pautes de consum i nivells de vida al món rural medieval*, Valencia, Universidad de Valencia, 2018.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, «Cultura material en la Castilla rural gerundiana: 'matalotaje y armandijos'», en José E. Martínez Fernández y Natalia Álvarez Méndez (coords.), *El mundo del Padre Isla*, León, Universidad de León, 2005: 131-150.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, «Vidas cotidianas en el entorno rural del Duero: niveles de consumo comparados. Siglo XVIII», en M.^a José Pérez Álvarez, Laureano M. Rubio Pérez y Alfredo Martín García (eds.), *Campo y campesinos en la España Moderna. Culturas políticas en el mundo hispano*, Madrid, FEHM, 2012: 1445-1457. Disponible en: <http://digital.csic.es/handle/10261/72788> [consultado el 7 de noviembre de 2018].
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, «Vestidos pobres: consumos estancados. Valladolid en el siglo XVIII», *Estudios Humanísticos. Historia*, 15 (2016a): 69-96. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.18002/ehh.v0i15>
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo (coord.) monográfico *Escenarios castellanos y europeos: espacios domésticos y apariencias urbanas y rurales (siglos XVI–XVIII)*,

- Tiempos Modernos*, 8/32 (2016b). Disponible en: <http://www.tiemposmodernos.org/tm3/index.php/tm/issue/view/41>
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo y DÁVILA CORONA, Rosa M.^a, «Vestirse y vestir la casa. El consumo de productos textiles en Valladolid (1700-1860)», *Obradoiro de Historia Moderna*, 14 (2005): 141-174. Disponible en: <http://www.usc.es/revistas/index.php/ohm/article/view/487>
- GARCÍA MERCADAL, José, *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Desde los tiempos más remotos hasta comienzos del siglo XX*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1999.
- IMÍZCOZ BEUNZA, José M.^a y ESTEBAN OCHOA DE ERIBE, Javier, «Gobernando la civilización. Pautas civilizatorias de una clase política ilustrada y reformista», *Magallánica*, 4/7 (2017): 180-214. Disponible en: <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/magallanica/article/view/2609> [consultado 1 de abril de 2018].
- IMÍZCOZ BEUNZA, José M.^a, GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo y ESTEBAN OCHOA DE ERIBE, Javier (coords.), «Algunas consideraciones acerca de los modelos civilizadores: hacia una lectura social de la gestación y difusión de la civilización», en *Procesos de civilización: culturas de élites, culturas populares. Una historia de contrastes y tensiones (Siglos XVII-XIX)*, Vitoria, UPV, 2019: 9-22.
- ISLA, José Francisco de, *Historia del famoso predicador fray Gerundio de Campazas, alias Zotes*, 2 t., Madrid, Editora Nacional, 1978.
- LLOPIS AGELÁN, Enrique, YUN CASALILLA, Bartolomé y TORRAS ELÍAS, Jaume (coords.), «El consumo en la España pre-industrial», *Revista de Historia Económica*, 21/Extra 4 (2003): 14-245. Disponible en: <https://www.cambridge.org/core/journals/revista-de-historia-economica-journal-of-iberian-and-latin-american-economic-history/issue/73F54B0E52ABD1210CD1D52848C-DAEF8> [consultado el 12 de noviembre de 2018].
- MALANIMA, Paolo, *Il lusso dei contadini. Consumi e industrie nelle campagne toscane del Sei e Settecento*, Bolonia, Il Mulino, 1990.
- MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Anagrama, 2005.
- MARURI VILLANUEVA, Ramón, «La historia social del consumo en la España moderna: un estado de la cuestión», *Estudis*, 42 (2016): 267-301. Disponible en: <http://roderic.uv.es/handle/10550/63353> [consultado el 12 de diciembre de 2018].
- MORENO CLAVERÍAS, Belén, «Les condicions materials de vida dels rabassers penedesencs al segle XVIII: treball, mercat i consum», *Estudis d'Història Agrària*,

- 17 (2004): 615-630. Disponible en: <https://www.raco.cat/index.php/EHA/article/view/103000> [consultado el 1 de diciembre de 2018].
- PÉREZ GALDÓS, Benito, *Episodios nacionales*. Cádiz, Madrid, J. Noguera, 1874.
- PONZ, Antonio, *Viage de España*, T. XI., Madrid, Joachin Ibarra, 1783. Disponible en: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000154545&page=1> [consultado el 10 de octubre de 2018].
- QUEVEDO, Francisco de, «Premática del tiempo», en *Obras de Francisco de Quevedo Villegas... [tomo primero]*, Amberes, Henrico y Cornelio Verdussen, 1699: 530-537. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/obras-de-don-francisco-de-quevedo-villegas-divididas-en-tres-tomos--0/> [consultado el 10 de octubre de 2018].
- RAMOS PALENCIA, Fernando, «Una primera aproximación al consumo en el mundo rural castellano a través de los inventarios post-mortem: Palencia, 1750-1840», en *Consumo, condiciones de vida y comercialización. Cataluña y Castilla*, ss. XVII-XIX, Ávila, Junta de Castilla y León, 1999: 107-132.
- RAMOS PALENCIA, Fernando, *Pautas de consumo y mercado en Castilla, 1750-1850. Economía familiar en Palencia al final del Antiguo Régimen*, Madrid, Sílex, 2010.
- REY CASTELAO, Ofelia, «Casas y cosas en la Galicia occidental en el siglo XVIII», *Cuadernos de Historia Moderna*, Extra XIV (2015): 211-233. Disponible en: <http://revistas.ucm.es/index.php/CHMO/article/view/51187> [consultado el 1 de diciembre de 2018].
- RIAL GARCÍA, SERRANA, *Las mujeres de las comunidades marítimas de Galicia durante la época moderna: una biografía colectiva*, Alcalá de Henares, Ayuntamiento de Alcalá, 2005.
- RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, Delfina, «Desigualdades sociales y criterios de consumo diferenciados. Cultura material y nivel de vida en la Galicia interior, Celanova (1630-1850)», en VV.AA., *Cuadernos Feijonianos de Historia Moderna. I*, Santiago de Compostela, Tórculo, 1999: 193-231.
- ROJO VEGA, Anastasio, *El Siglo de Oro. Inventario de una época*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 1996.
- ROMÁN, José María, *Diario del ingeniero militar don José María Román: desde... 9 de junio de 1808... hasta... agosto de 1814*, transcrip. y ed. de María Zozaya Montes, Madrid, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, [2008].
- ROUSSEAU, Jean-Jacques, *Carta a D'Alembert sobre los espectáculos*, Madrid, Tecnos, 1994.

- SANTIVERI, Mercedes, «Clases sociales y niveles de vida material en la Lleida del siglo XVII (1644-1700)», *Manuscrits. Revista d'història moderna*, 3 (1986): 129-149. Disponible en: <https://www.raco.cat/index.php/Manuscrits/article/view/56815> [consultado el 1 de junio de 2018].
- SOBALER SECO, M.^a de los Ángeles y GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo, «Las dotes matrimoniales de solteras y viudas en la Castilla rural durante el siglo XVIII. Pautas de cultura material diferenciadas», en Juan Manuel Bartolomé Bartolomé y Máximo García Fernández (dirs.), *Apariencias contrastadas: contraste de apariencias. Cultura material y consumos de Antiguo Régimen*, León, Universidad de León, 2012: 41-78.
- ZAMÁCOLA, Juan Antonio, *Libro de moda...*, Madrid, Fermín Villalpando, 1795. Disponible en: <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000080825> [consultado el 13 de octubre de 2018].
- ZARANDIETA ARENAS, Francisco, «Riqueza y consumo en la Baja Extremadura en el siglo XVII. Análisis a través de las cartas de dote», *Historia Agraria: Revista de agricultura e historia rural*, 21 (2000): 63-97. Disponible en: <http://repositori.uji.es/xmlui/handle/10234/129431> [consultado el 13 de octubre de 2018].

Tabla n.º 1. Valores dotales (a precios constantes) en la Castilla rural. Olmedo, Peñafiel y Nava del Rey. 1700-1860. Porcentajes

DIFERENCIAS PATRIMONIALES	0-2.000 reales	2.001-5.000 rs.	5.001-10.000 rs.	10.001-20.000 rs.	
	74 dotes	99 dotes	47 dotes	30 dotes	
Distribución socioeconómica	29,6	39,6	18,8	12,0	
Ropa Blanca de Casa	40,1	37,9	35,6	33,0	
Vestidos	47,5	45,2	44,8	39,7	
EVOLUCIÓN TEMPORAL					
Muestra: 50 dotes por tramo	1700-1710	1750-1760	1790-1800	1830-1835	1850-1860
Ropa Blanca de Casa	38,7	35,8	36,9	38,6	29,0
Vestidos	36,9	43,7	48,2	42,4	43,4

Fuente: Archivo Histórico Provincial de Valladolid (AHPVa). *Sección Protocolos Notariales*; diferentes legajos.
 Muestra: 250 dotes femeninas.

Tabla n.º 2. Valores dotales (a precios constantes) en Olmedo y Peñafiel. 1750-1860

DIFERENCIAS PATRIMONIALES		0-1.000 reales		1.001-2.000 rs.		2.001-5.000 rs.		5.001-10.000 rs.		Más de 10.001 rs.	
		Media	%	Media	%	Media	%	Media	%	Media	%
Distribución socioeconómica		4 dotes	3,3	39 dotes	32,5	49 dotes	40,8	18 dotes	15,0	10 dotes	8,3
Ropa Blanca de Casa		402	51,6	506	33,4	874	31,3	1.060	15,6	2.440	15,6
Vestidos		312	40,1	603	39,8	993	35,6	1.560	23,0	2.626	16,8
	Géneros Textiles	714	91,7	1.109	73,2	1.867	66,9	2.620	38,6	5.066	32,4
Total Ajuar		779	100,0	1.249	82,4	2.163	77,6	3.307	48,7	6.625	42,4
Total Patrimonial				267	17,6	626	22,4	3.490	51,3	8.982	57,6
Media Total		779		1.516		2.789		6.797		15.607	
EVOLUCIÓN TEMPORAL		TOTAL	MEDIA	%	1750-1760	1790-1800	1830-1835	1850-1860	1850-1860	1850-1860	1850-1860
Muestra: 30 dotes por tramo		Total			Media	%	Media	%	Media	%	Media
Ropa Blanca de Casa		107.621	897	22,6	837	23,6	884	27,8	1.075	19,1	792
Vestidos		127.762	1.065	26,8	960	27,0	1.002	31,5	1.205	21,4	1.091
	Géneros Textiles	235.383	1.962	49,4	1.797	50,6	1.886	59,3	2.280	40,5	1.883
Total Ajuar		283.548	2.363	59,4	2.193	61,8	2.227	70,0	2.825	50,2	2.206
Total Patrimonial		193.747	1.614	40,6	1.356	38,2	953	30,0	2.802	49,8	1.349
Media Total		477.295	3.977		3.549		3.180		5.627		3.555

Fuente: AHPVa. *Sección Protocolos Notariales*; diferentes legajos. Muestra documental: 120 dotes femeninas.

Tabla n.º 3. La composición dotal en Peñafiel. 1700-1800

DIFERENCIAS PATRIMONIALES	TOTAL reales	MEDIA reales	%	0-1.000 reales		1.001-2.000 rs.		2.001-5.000 rs.		Más 5.001 rs.	
				reales	%	reales	%	reales	%	reales	%
Distribución socioeconómica				6 dotes	15,0	16 dotes	40,0	10 dotes	25,0	8 dotes	20,0
Ropa de Cama	18.727	468	17,2	202	22,8	350	23,8	489	17,1	879	13,7
Vestidos	27.845	696	25,6	238	26,7	555	37,7	804	28,1	1.188	18,5
Ropa de Casa	3.319	83	3,0	34	3,8	56	3,7	95	3,3	161	2,5
Géneros Textiles	49.891	1.247	45,8	474	53,3	961	65,3	1.388	48,6	2.228	34,7
Ajuar de Casa	7.736	194	7,2	112	12,5	96	6,5	193	6,8	446	7,0
Total Ajuar	57.627	1.441	53,0	586	65,8	1.057	71,8	1.581	55,3	2.674	41,7
Total Patrimonial	51.197	1.280	47,0	304	34,2	415	28,2	1.277	44,7	3.745	58,3
Media Total	108.824	2.721		890		1.472		2.858		6.419	

Fuente: AHPVa. *Sección Protocolos Notariales*; diferentes legajos. Muestra documental: 40 dotes femeninas.